

“Latir al unísono”¹

Corazones por ‘Niunamenos’, de Patricia Ruiz

Gilda Luongo

“El diseño del tapiz no es más que una superficie tramada. Cuando lo miramos más de cerca o cuando nos convertimos en tejedoras, aprendemos a conocer los múltiples hilos que no se ven en el diseño general, así como los nudos en la parte posterior del tapiz.”

Adrienne Rich, *Sobre mentiras secretos y silencios*, pp. 224-225

Tomo el pulso de estas formas, me quedo detenida en el latir de sus colores y la diversidad de ornamentos que cada uno ofrenda, como si nos quisieran tomar enteras. Siento pulsar el mío, siamés de alguno de aquellos que observo, lo imagino en su latido agitado, saltón, arrítmico, taquicárdico, calmo, lleno, sereno. Un músculo, me digo, órgano del cuerpo, situado al centro izquierdo del pecho, de cada uno de los cuerpos que importan, que nos importan hoy en este evento, no sólo porque aluden a esas violencias multiplicadas como bombas de racimo, sino porque están cargados de sentidos desde nuestros imaginarios culturales de mujeres y los afectos que nos llaman. Una metonimia. Los corazones bordados por Patricia Ruiz, hablan de corazones-cuerpos. Materialidades sintientes, marcadas como mujeres, que osan imponer su presencia, su voz, su ímpetu vital, político, por ello resultan mutilados,

¹ Escrito de presentación para el día de la inauguración de la exposición “Corazones” de Patricia Ruiz, realizada en Biblioteca de Santiago. Agradezco a Patricia Ruiz la invitación para compartir esta bella creación artística comprometida.

violados, cortados, silenciados, marcados, desaparecidos. Quiero quedarme en una (con)fusión, los corazones arrimados desde el sentimiento, la pasión, lo amoroso, las afectaciones emotivas y, desde otra orilla, las violencias patriarcales desatadas en nuestras experiencias desde tiempos remotos. Nunca fue tan importante como hoy nombrar los asaltos de odio a mansalva. “Ni una menos” retumbando como lema arrancado de un poema de la mexicana activista, poeta y periodista, Susana Chávez, asesinada en ciudad Juárez el año 2011, por constituirse en mujer resistente. Imagino los movimientos de ese corazón: sístole y diástole impulsando la sangre a borbotones para seguir viva, para persistir en esta conexión con lo humano, el lazo social, esa articulación que hace posible que una vida sea vivible, aun cuando esa misma condición la ponga en riesgo, en peligro, porque inscribe un diferencial que dice que hay vidas que no importan y no merecen ser lloradas. Entonces nos encabritamos. Esta vehemencia arroja a la cara una manera de estar en el mundo, un modo que se atreve a advertir sobre la emergencia de la forma humana patriarcal que se vuelve monstruosa cuando intenta detener la persistencia del movimiento vital, un impulso genocida, un golpe para aniquilar aquello que se odia: un modo perverso de habitar el mundo. Los sentidos se voltean azotándose contra los significados que busco para asediar la palabra, su signo añoso. En su étimo, leo: “Corazón derivado del latín Cor. Primitivamente sería un aumentativo que aludía al gran corazón del hombre valiente y de la mujer amante.”² ¿Qué sentidos contiene esta definición? me pregunto azorada. Los adjetivos gran y valiente, en oposición al de amante, crean una zona dividida, partida, fracturada, la de la peligrosa diferencia sexual. Gran valentía para matar, violar, asesinar, torturar, degollar, sacar los ojos, desmembrar, invalidar, someter, ultrajar, humillar, invisibilizar. ¿Y el corazón amante en el lugar del padecimiento? Una

² Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Gredos, 2000.

respuesta posible se encuentra en la labor prolífica que nos convoca hoy. Allí dónde nace ese corazón del hombre valiente y de la mujer amante, Patricia Ruiz, condensa, - en su labor creadora, su bordado silente-, esa zona de entrecruce que miente y dice verdad. Tiene que nacer una bordadora singularizada, que se enferma, que se duele del corazón, -que dice que pudo ser una muerta más-, para hacer estallar ante los sentidos la diferencia sexual enarbolada convenientemente desde el paradigma androcéntrico, blanco, propietario, heterosexual. Entonces, en una habitación, en completo silencio, la mano toma la aguja, la enhebra, va tiñendo un pedazo de tela con formas, relieves y colores en un proceso que no termina, que toma vertientes sinuosas, como flujo sangrante para sí misma, desde una creación sanadora interna que explosiona y toma otros cauces cuando las otras observadoras, jóvenes y mayores, sugieren que estas labores necesitan, claman, piden un lugar en lo público. Leyeron sus bordados como un arte político, un arte que sabe de las vertientes sociales y culturales de nuestra América, de sus hebras iridiscentes. De ahí un paso para idear, imaginar, diseñar lo que vemos y respiramos hoy en este lugar político y estético cómplice. La puesta en escena de “Corazones”, pensada por Patricia, quiere tocarnos, iniciar una relación que diga bajito o en tono ensordecedor sobre estos latidos que no cesan porque se multiplican cada vez que “niunamenos” se deja escuchar. Atesorados, guardados, protegidos, acunados en cajitas iluminadas, cada una con su lugar. Este puede ser pensado, metafóricamente, como la presencia de la subjetividad de la ausente, su densidad, su singularidad, su historia, solo debemos atrevernos a imaginar el relato. Construirlo desde el pulso que late todavía, ese que nos lleva de la mano hacia una fotografía, una imagen que habla de un momento en la vida y un momento en la muerte. La pseudo-presencia icónica que grita la ausencia. El rostro visible de las muertas por feminicidio, una conmoción. Retratos tomados en

instantáneas que forman parte de lo cotidiano, “algo se vuelve real al ser fotografiado”, dice Susan Sontag en su libro imprescindible *Ante el dolor de los demás*.³ Dice, asimismo que, al contrario de la crónica escrita, una fotografía solo tiene un lenguaje y está destinada, en potencia a todos, a todas. Frente a sus rostros, cuerpos disímiles de estas mujeres singulares, vuelvo a pensar en sus corazones que laten ahora desde los bordados coloridos, en formas de clítoris (“llamado amor o dulzura de Venus”⁴), pistilos, estambres, inflorescencias, asimilarlos a su gesto en la fotografía, a sus ojos vivaces o más tristes, a su edad, apariencia, experiencias atesoradas, a la pose o a la sorpresa del foco que asalta para dejar la realidad ante nuestras caras: el momento de la muerte (in)esperada. En algunas de las imágenes fotográficas, muy pocas, se cuelan algunos signos que gritan la muerte de ese cuerpo que es capturado por la cámara fotográfica, cuerpos vestidos de blanco que llevan la sigla PDI (Policía de Investigaciones), por ejemplo, o un epitafio que rememora, de manera amorosa, a la que yace bajo la tumba. Pude ser yo, me dice el eco de la voz de Patricia esa tarde en su casa; pude ser yo, me digo a mí misma cuando observo conmovida las fotos y esta letanía melancólica se repite entre tantas voces como tantas somos. Entonces, la conciencia se alerta y emerge el llamado a la acción, la ética y la política que nos mueve ahora como marea humana. Sé que habrá textos poéticos que dialogan con los corazones-cuerpos, con las fotografías, con las hormas de zapatos que reiteran la ausencia de estas mujeres muertas a manos de hombres, -máquinas de matar-, distribuidos por el patriarcado y el androcentrismo depredador. Los textos poéticos quedarán suspendidos en este escrito, por hora, tal vez mañana habrá tiempo y espacio para re-conocerlos en el marco de esta exposición que nos

³ Sontag, Susan, *Ante el dolor de los demás*, Buenos Aires, Alfaguara, 2003, pp.29-31.

⁴ Ver: Laqueur, Thomas, “Amor veneris, vel dulcedo appeletur” en Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazi, *fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, Madrid: Taurus, 1992, 90-131.

convoca de modo perentorio para contestar, para responder de disímiles formas artísticas al horror ginofóbico (Rich) o misógino.

Patricia me dice el más allá de los corazones: las muertas, las asesinadas por una mano ajustada con un guante preciso, lo masculino patriarcal normativo y su paradigma mortífero. Así, nuestra mirada se vuelve hacia atrás, para fijarse en las hermanas Mirabal: Patria, Minerva y María Teresa, activistas dominicanas asesinadas en la década de los sesenta a la sombra del dictador de turno, Trujillo, la fecha un 25 de noviembre. Desde la década de los ochenta las mujeres organizadas dirán que es necesario levantar esta datación para hacer memoria, para denunciar una y otra vez lo que no se detendrá con una ley, porque la ley misma es violenta, lo afirmo porque la violencia machista es estructural. Podríamos detallar minuciosamente los atentados experimentados por cada uno de estos corazones, antes de que su palpito desbordante de flujos se detuviera para siempre. Cuántos recorridos podemos armar a partir de esta imaginación, sobre todo cuando ponemos a rodar las piedras de nuestros propios aprendizajes forzados en estas culturas, la pedagogía de la crueldad, como la nombra Rita Segato. Las resistentes, sin duda, deseamos transformar el mundo androcéntrico, de eso se trata el feminismo. Porque la violencia constituye a estas civilizaciones capitalistas depredadoras, porque el lugar de las mujeres ha estado signado por la explotación capitalista, como nos enseña Silvia Federicci⁵; porque la reproducción ha sido pensada para enarbolar la bandera de la nación-estado patriarcal para decir que se pueden levantar guerras de todo tipo porque hay hijos de la nación, paridos por mujeres, dispuestos a defenderla; -Virginia Woolf en su texto *Tres guineas* plantea que la guerra y el fascismo forman una trama estrecha con el patriarcado-; porque los miedos, las agresiones, las rabias, los afectos y los amores

⁵ Federicci, Silvia, *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.

son emociones que han sido aprendidas de manera tal, que las palabras las escamotean para evitar poner en claro que las violencias nos constituyen desde los propios nichos de la llamada familia nuclear, -ese pequeño y apretado infierno-, como lo nombrara tan certeramente, Rosario Castellanos, nuestra escritora mexicana feminista. Porque si osáramos nombrar las violencias de nuestras madres hacia nosotras sus hijas, como lo hace Gloria Anzaldúa en “La Prieta”⁶, quien, temerosa de ser desleal con su madre, posterga la escritura de esa zona difícil entre mujeres, sus traiciones, como la versión poética de la Malinche -de la propia Rosario Castellanos-. No obstante, propongo que la palabra precisa entre nosotras conlleva entendimiento. Entonces, atisbamos la comprensión de las violencias maternas como la punta de una matriz que no perdona la vida precaria de esas mujeres-madres que no sabían de sus dominaciones y sus entrampamientos, su empantanarse en zonas insospechadas; así nuestras rabias se aproximan a zonas de respuesta que, tal vez, de modo inevitable, incuban la violencia, porque no evitamos la zona ética que surge cuando miramos de frente cara a cara a la violencia de la historia formativa de cada una, me pregunto cómo cambiar e invertir esa reiteración. Con Judith Butler, filósofa, feminista lesbiana, multiplico las indagaciones precisas: “¿cómo vivo yo la violencia, la de mi formación? ¿Cómo vive ésta en mí? ¿Cómo me lleva a mí, a pesar de mí, al tiempo que yo la llevo a ella? Y ¿en nombre de qué nuevo valor puedo yo dar marcha atrás e impugnarla? ¿En qué sentido dicha violencia puede ser redirigida, si es que puede serlo?”⁷ Afirmo la potencia vital y política de las reflexiones feministas de las pensadoras latinoamericanas, las de color, las indígenas, y del primer mundo, las de

⁶ En: Moraga Cherríe y Ana Castillo (eds.) *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, Ism Press, Inc, editorial “ismo, San Francisco, USA, 1988. Disponible en: <http://www.debatefeminista.com/PDF/Articulos/laprie795.pdf>

⁷ Butler, Judith, “La pretensión de la no violencia” en *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Buenos Aires: Paidós, 2010, p. 234.

ayer y las de hoy, aquellas que están a nuestra mano para resituar, reconstruir, estas sinuosidades que rondan la violencia en sus múltiples manifestaciones, porque es labor inacabable, y como señaló sabiamente Adrienne Rich, poeta y pensadora lesbiana feminista, necesitamos abordar estos vericuetos porque hieren la carne viva de la existencia humana, evitar examinar las emociones que suscitan en nosotras es huir de la esperanza luminosa de que hombres y mujeres podamos experimentar una comunidad que no esté basada en mentiras, secretos y silencios⁸. En medio de estas reflexiones, esta tarde que se abre en Biblioteca para inaugurar “Corazones”, este evento creado por Patricia Ruiz en complicidades feministas, resulta ser una hebra gruesa, profunda, hecha de un hilo colorido poderoso que nos dona generosa esta compañera, para seguir bordando, con porfía, un tapiz que favorezca los flujos de nuestras luchas, entendimientos profundos, entre mujeres, entre hombres y mujeres, para que surjan conexiones múltiples contra la violencia genocida, ginofóbica y misógina.

⁸ Rich, Adrienne, *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Barcelona: Icaria, 1983, p.234